

LA VEJEZ, EL SUFRIMIENTO Y LA MUERTE EN LA ENSEÑANZA DEL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ

Luiz Eugênio Garcez Leme*

Introducción

El envejecimiento humano es una realidad antropológica y social desde siempre presente en la Historia. El siglo XX, que presencié toda la vida del Beato Josemaría Escrivá y el empezar del Opus Dei, presencié también, principalmente en su segunda mitad, un cambio de realidad demográfica, en la cual el envejecimiento de grandes contingentes poblacionales, a costa de un aumento de la expectativa de vida asociada a una notable caída en las tasas de fecundidad, principalmente en los países económicamente más desarrollados, llevó a una alteración social notable, con cambios que se pueden observar en las áreas de la salud y de la seguridad social entre otras. Por otro lado, este cambio demográfico, se acompaña de una mudanza en el perfil medio de las familias, que de estructuras amplias, capaces de proveer a las necesidades de apoyo de sus miembros, como se observa en las familias multigeneracionales ampliadas, vienen, cada vez

* Médico Geriatra. Doctor por la Facultad de Medicina de la Universidad de San Pablo. Jefe del grupo de geriatría clínica del IOT del Hospital de Clínicas de la USP y del Hospital del Servidor Público de San Pablo. Miembro de la Academia de Medicina de San Pablo.

más, estructurándose como familias nucleares, bigeneracionales (padres y pocos hijos) en las cuales la posibilidad de apoyo a los abuelos y miembros minusválidos o más ancianos es cada vez más restringida.

A esta realidad social se encuentra asociada, como causa y consecuencia viciosa, una diseminada visión materialista en la sociedad, que valoriza el tener, el poder y el saber, en detrimento del ser.

Es sencillo percibir que, en esta realidad, la población anciana se encuentre en una situación bastante difícil, agregándose a las limitaciones físicas, cognitivas y financieras que muchas veces acompañan la senectud, la dificultad del apoyo familiar y la posibilidad de rechazo social, fruto de prejuicios en los cuales, no pocas veces, el propio anciano es no sólo objeto sino sujeto.

En este ambiente, el sufrimiento puede ser visto como algo obscuro y sin sentido, la muerte como una realidad agobiante y la depresión por la progresiva pérdida orgánica, cognitiva y social puede llevar fácilmente a la desesperación del anciano y de la familia, terreno fértil para el desarrollo de corrientes contrarias a la vida como las que defienden las varias formas de eutanasia, o el suicidio; y procede de esta misma vertiente la realidad actual de la tecnologización e impersonalidad de la muerte, ocurrida, muchas veces sin necesidad, en las dependencias frías y asépticas de las terapias intensivas, sin el apoyo y el cariño de la familia.

Ante esta contemporánea realidad humana de los problemas de la vejez, del sufrimiento y de la muerte, la Iglesia no se queda ausente. Ejemplos recientes notables son el documento del Pontificio Consejo para los Laicos sobre “La dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y en el mundo” de 1998¹ y la Carta del Papa Juan Pablo II a los Ancianos, de 1999.²

El Beato Josemaría Escrivá vivió la mayor parte de su vida, vio lo que Dios le pedía a través del Opus Dei y desarrolló buena parte de su estructura fundacional en la primera mitad del siglo XX, antes, por tanto, del advenimiento de los problemas que el “envejecimiento” poblacional

¹ Pontificio Consejo para los Laicos. *La dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y en el mundo*, Ciudad del Vaticano, 1998

² Juan Pablo II. *Carta a los Ancianos*, Ciudad del Vaticano, 1999.

lleva consigo. No son muchas, así, en sus escritos, las referencias específicas a los problemas de los ancianos. Sin embargo, las existentes, sus consideraciones sobre el sentido cristiano de la familia, del sufrimiento y de la muerte y, principalmente, los muchos ejemplos de su vida santa, a la cual no faltaron las limitaciones orgánicas de los problemas de la vejez, nos hacen posibles algunas consideraciones sobre sus enseñanzas que traen notables y actuales contribuciones a esta problemática.

Aprendiendo a envejecer y a morir

El envejecer, comparado por Cicerón al otoño de la vida³ tiene, como cualquier otra fase vital dificultades y alegrías. El envejecer actual es más común, pero menos asistido que lo que fue otrora. ¿Cómo podrá el cristiano, que siente en sus propias limitaciones el pasar del tiempo, enfrentar con gallardía y provecho este nuevo período de la vida? ¿Cómo enfrentar los achaques de las molestias más corrientes en esta fase de la vida? ¿Y la idea de la muerte? Éstas son consideraciones esenciales para que se estructure un verdadero “envejecer cristiano”. Es importante que se perciba el paso de los años como lleno de sentido, una bendición y no una maldición de Dios. “El hombre sigue siendo un ser creado “a imagen de Dios” (cf. Gn. 1, 26) y cada edad tiene su belleza y sus tareas. Más aún, la palabra de Dios muestra una gran consideración por la edad avanzada, hasta el punto de que la longevidad es interpretada como un signo de la benevolencia divina (cf. Gn. 11, 10-32). Con Abraham, del cual se subraya el privilegio de la ancianidad, dicha benevolencia se convierte en promesa: “De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra” (Gn. 12, 2-3). Junto a él está Sara, la mujer que vio envejecer su propio cuerpo pero que experimentó, en la limitación de la carne ya marchita, el poder de Dios, que suple la insuficiencia humana.”⁴

En las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá, podemos encontrar la esencia misma de las alegrías de la vejez, vivida con las mismas condiciones

³ Cícero, Marco Túlio. *Cato maior seu De senectute*, 19, 70.

⁴ Juan Pablo II. *Op. cit.*

interiores de la propia juventud, cuando se vive en unión con Jesucristo: “He dicho antes que todo esto la juventud lo entiende bien. Y ahora añadido que el que procura vivirlo se siente siempre joven. El cristiano aunque sea un anciano de ochenta años, al vivir en unión con Jesucristo, puede paladear con toda verdad las palabras que se rezan al pie del altar: *Entraré al altar de Dios, del Dios que da alegría a mi juventud* (Ps. XVII, 4).”⁵

Con todo, no se trata de una espiritualidad desencarnada. Como siempre, el Beato Josemaría Escrivá une el Cielo a la Tierra al sugerir a los ancianos que se cuiden, no sólo en la unión permanente con Cristo, sino también, y a causa de eso mismo, de su apariencia personal: “Cuanto más años tenga una persona que ha de vivir en el mundo, más necesario es poner interés en mejorar no sólo la vida interior, sino –precisamente por eso– el cuidado de estar presentable: aunque, naturalmente, siempre en conformidad con la edad y con las circunstancias. Suelo decir –hablaba a las mujeres– en broma, que las fachadas, cuanto más envejecidas, más necesidad tienen de restauración. Es un consejo sacerdotal”.⁶

La consideración de las limitaciones orgánicas y los posibles sufrimientos inherentes a las múltiples enfermedades crónicas que frecuentemente el envejecimiento trae consigo, no eximen al cristiano de sus responsabilidades, antes pueden alcanzar su verdadero sentido como instrumentos de santificación propia y ajena, que no pueden ser desaprovechados. “Los que, dejando la acción para otros, oran y sufren, no brillarán aquí, pero, ¿cómo lucirá su corona en el Reino de la Vida! –¡Bendito sea el ‘apostolado del sufrimiento!’”⁷

En todo caso, mucho más que la predicación, el ejemplo de vida del Beato Josemaría Escrivá es elocuente. De las muchas dificultades de salud con que Dios le probó, diversas tuvieron su máxima manifestación después de los años de madurez. Además de la grave enfermedad de la primera infancia en que estuvo, en el decir de su madre “más muerto

⁵ Escrivá, Josemaría. *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, 102.

⁶ Escrivá, Josemaría. *Op. cit.*, 107.

⁷ Escrivá, Josemaría. *Caminu*, 969.

que vivo”,⁸ tuvo un importante ataque de reumatismo en 1936 que prácticamente lo paralizó por bastante tiempo.⁹ En Burgos, en 1938, tuvo diversos episodios de hemoptisis, que asociada a pérdida de la voz le hizo suponer la existencia de tuberculosis, después excluida.¹⁰ En 1944 aparece grave diabetes que lo acompañaría hasta 1954, cuando desaparece de manera inexplicable después de una grave crisis. Esta enfermedad será la responsable de la única vez en que desobedeció conscientemente a sus médicos al viajar a Italia en 1946 para empezar la “romanización” del Opus Dei.¹¹ En 1966, a los 64 años, le fue diagnosticada una insuficiencia renal, que se hizo acompañar, enseguida, de una notable reducción de la visión.¹² En 1975, a los 73 años, durante la catequesis en América, son conocidos sus problemas con el mal de la altura en Quito y con una grave infección pulmonar.¹³ De estas diversas enfermedades y de sus múltiples complicaciones, la mayor parte de las personas que convivían con el Beato Josemaría ni siquiera sospechaba. Su alegría permanente aliada a una gran finura de espíritu hacían que uno se imaginase que nada le ocurría. Por otro lado, ninguna de estas enfermedades le impedía cumplir sus obligaciones fundacionales o apostólicas, más bien servían como refuerzo para su apostolado intenso. No se permitía perder el tiempo con enfermedades, como afirmara en 1936: “En la Obra no nos podemos permitir este lujo de estar enfermos, y suelo pedirle al Señor que me conserve sano hasta media hora antes de morir. Hay mucho que hacer, y necesitamos estar bien, para poder trabajar por Dios. Tenéis, por eso, que cuidaros, para morir viejos, muy viejos, exprimidos como un limón, aceptando desde ahora la Voluntad del Señor”.¹⁴

Si sus enseñanzas sobre el sacrificio y el sufrimiento son fuertes, las enseñanzas sobre la muerte no lo son menos. A pesar de pedir que sus

⁸ RHF 20166, p. 121, *apud* Vázquez de Prada, Andrés. *El Fundador del Opus Dei*. Madrid, Rialp, 1984.

⁹ Vázquez de Prada, Andrés. *El Fundador del Opus Dei*. Madrid, Rialp, 1984.

¹⁰ Vázquez de Prada, Andrés. *Op. cit.*

¹¹ Vázquez de Prada, Andrés. *Op. cit.*

¹² Vázquez de Prada, Andrés. *Op. cit.*

¹³ Vázquez de Prada, Andrés. *Op. cit.*

¹⁴ RHF, 21505, p. 95, *apud* Vázquez de Prada, Andrés. *Op. cit.*

hijos pudieran morir viejos, exprimidos como un limón, el Beato Josemaría Escrivá siempre enseñó a no temer a la muerte: “Cara a la muerte, ¡sereno! –así te quiero – No con el estoicismo frío del pagano; sino con el fervor del hijo de Dios, que sabe que la vida se muda, no se quita. –¿Morir?... ¡Vivir!”¹⁵

De esta manera sacando a la vejez, al sufrimiento y a la muerte su carga de angustia y de desesperación, por extraer de estas realidades su sentido trascendente para el cristiano, el Beato Josemaría Escrivá podía decir al completar los 70 años: “¿No os parece lógico que os diga que no quiero cumplir más que siete años?”¹⁶ Trátase, por supuesto, de un verdadero “rejuvenecimiento cristiano”, basado en la fidelidad a la vocación: “Esa fidelidad delicada, operativa y constante –que es difícil como es difícil toda aplicación de principios a la mutable realidad de lo contingente– es, por eso, la mejor defensa de la persona contra la vejez de espíritu, la aridez de corazón y la anquilosis mental.”¹⁷ tirando, al demonio las armas del mal: “Ésta ha sido la gran revolución cristiana: convertir el dolor en sufrimiento fecundo; hacer, de un mal, un bien. Hemos despojado al diablo de esa arma... ; y, con ella, conquistamos la eternidad.”¹⁸

El apoyo social a la vejez

Una de las realidades que vive la población envejecida es la necesidad de proveer apoyo a un número cada vez mayor de personas con cada vez más limitaciones en sus actividades de la vida diaria. Esa tarea, tradicionalmente provista por la familia, puede necesitar pasar, en una situación de familias nucleares reducidas, a ser desarrollada, cada vez más, por estructuras sociales de apoyo a la vejez.

Es evidente que el mejor sitio para el anciano es su propia familia.

¹⁵ Escrivá, Josemaría. *Surco*, 876.

¹⁶ RHF 20.161, p. 64, *apud* Vázquez de Prada, Andrés. *Op. cit.*

¹⁷ Escrivá, Josemaría. *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, 1.

¹⁸ Escrivá, Josemaría. *Surco*, 887.

“También desde esta perspectiva, por tanto, además de la evidente exigencia psicológica del anciano mismo, el lugar más natural para vivir la condición de ancianidad es el ambiente en el que él se siente ‘en casa’, entre parientes, conocidos y amigos, y donde puede realizar todavía algún servicio. A medida que se prolonga la media de vida y crece el número de los ancianos, será cada vez más urgente promover esta cultura de una ancianidad acogida y valorada, no relegada al margen. El ideal sigue siendo la permanencia del anciano en la familia, con la garantía de eficaces ayudas sociales para las crecientes necesidades que conllevan la edad o la enfermedad”.¹⁹ Con todo, aun en el ambiente de casa, las dificultades de comunicación intergeneracional frecuentemente aparecen, debido a valores y opiniones naturalmente diversas entre personas de edades distintas. Acerca de las dificultades de comunicación intergeneracional, el Beato Josemaría Escrivá afirmaba: “La vida cambia y hay muchas cosas nuevas que quizá no nos gusten –hasta es posible que no sean objetivamente mejores que otras de antes–, pero que no son malas: son simplemente otros modos de vivir, sin más trascendencia. En no pocas ocasiones, los conflictos aparecen porque se da importancia a pequeñeces, que se superan con un poco de perspectiva y de sentido del humor.

“Pero no todo depende de los padres. Los hijos han de poner también algo de su parte. La juventud ha tenido siempre una gran capacidad de entusiasmo por todas las cosas grandes, por los ideales elevados, por todo lo que es auténtico. Conviene ayudarles a que comprendan la hermosura sencilla –tal vez muy callada, siempre revestida de naturalidad– que hay en la vida de sus padres: que se den cuenta sin hacerlo pesar, del sacrificio que han hecho por ellos, de su abnegación –muchas veces heroica– para sacar adelante la familia. Y que aprendan también los hijos a no dramatizar, a no representar el papel de incomprendidos; que no olviden que estarán siempre en deuda con sus padres, y que su correspondencia –nunca podrán pagar lo que deben– ha de estar hecha de veneración, de cariño agradecido, filial.

“Seamos sinceros: la familia unida es lo normal. Hay roces, diferencias (...) Pero éstos son cosas corrientes, que hasta cierto punto contribuyen

¹⁹ Juan Pablo II. *Op. cit.*

incluso a dar su sal a nuestros días. Son insignificancias, que el tiempo supera siempre: luego queda sólo lo estable, que es amor, un amor verdadero –hecho de sacrificio– y nunca fingido, que lleva a preocuparse unos de otros, a adivinar un pequeño problema y su solución más delicada. Y porque todo esto es normal, la inmensa mayoría de la gente me ha entendido muy bien cuando me ha oído llamar –ya desde los años veinte lo vengo repitiendo– *dulcísimo precepto* al cuarto mandamiento del Decálogo.”²⁰

Por otro lado, algunas veces esta posibilidad de convivencia familiar permanente no se puede lograr. “Sin embargo, hay situaciones en las que las mismas circunstancias aconsejan o imponen el ingreso en ‘residencias de ancianos’, para que el anciano pueda gozar de la compañía de otras personas y recibir una asistencia específica. Dichas instituciones son, por tanto, loables, y la experiencia dice que pueden dar un precioso servicio, en la medida en que se inspiran en criterios no sólo de eficacia organizativa, sino también de una atención afectuosa. Todo es más fácil, en este sentido, si se establece una relación con cada uno de los ancianos residentes por parte de familiares, amigos y comunidades parroquiales, que los ayude a sentirse personas amadas y todavía útiles para la sociedad.”²¹ El Beato Josemaría Escrivá reafirma la necesidad de que los cristianos, en el Opus Dei, participen de las actividades normales de ciudadanía, también en el apoyo institucional a los ancianos: “El Opus Dei no tiene ninguna orientación económica o política, ni en España ni en ningún otro sitio. Ciertamente, movidos por la Doctrina de Cristo, sus miembros defienden siempre la libertad personal, y el derecho que todos los hombres tienen a vivir y a trabajar, y a estar cuidados durante la enfermedad y cuando llegue la vejez”.²² De esta vertiente proceden iniciativas de amparo institucional a la vejez en puntos tan distintos como actividades específicas con enfermos de demencia de Alzheimer en Dublín²³ y pinturas y arreglos en casas de ancianos en Hong-Kong.²⁴

²⁰ Escrivá, Josemaría. *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, nn. 100-101.

²¹ Juan Pablo II. *Op. cit.*

²² Escrivá, Josemaría. *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, n. 48.

²³ *Assistance to Alzheimer's patients*. Office of Communications, Prelature of Opus Dei; site: opusdei.org

²⁴ *The Sun Reaches out to the Elderly*. Office of Communications, Prelature of Opus Dei; site: opusdei.org

Los profesionales de la salud y los ancianos

El tratar con personas ancianas, con importantes limitaciones orgánicas y cognitivas, conviviendo con la minusvalía, el sufrimiento y la muerte puede ser una dura experiencia cotidiana para los profesionales de salud. Esa convivencia trae al profesional el recuerdo constante de sus limitaciones y finitud y, en caso de que no exista una preparación interior y una visión trascendente de la vida, el profesional podrá asumir una postura de enajenamiento de la personalidad del paciente, evitando comprometerse, escondido en una mal comprendida tecnologización de la muerte. Trátase de una reacción de defensa psicológica del profesional, que tiene importantes repercusiones negativas en el paciente. La respuesta a esta dificultad también nos es dada por el Beato Josemaría Escrivá cuando, bastante enfermo, se dirige a profesionales de salud cristianos en Perú hablando sobre cómo considerar la muerte como “nuestra amiga”, como “nuestra hermana”: “La muerte, hijos míos, no es un paso desagradable. La muerte es una puerta que se nos abre al Amor, al Amor con mayúscula, a la felicidad, al descanso, a la alegría. No hay que esperarla con miedo. Realmente un médico la considera desde otros puntos de vista; pero un médico cristiano, como tú –yo me he dado cuenta cómo la ves, ¡que Dios te bendiga!– debe mirarla de un modo positivo. Y los demás también. No es el final, es el principio. Para un cristiano morir no es morir; es vivir. Vivir con mayúscula. De modo que no tengáis miedo a la muerte.”²⁵ Y para las enfermeras decía: “¡Dios os bendiga! Pensad que estáis sirviendo a la familia de Nazaret, que aquel enfermo es Cristo. Lo ha dicho Él, ¿te acuerdas? O que es la Madre de Dios. Trátame los con cariño, con cuidado, con delicadeza. Que no les falte nada; sobre todo los auxilios espirituales. Prepáralos bien. ¡Dios te bendiga! Bendigo a todas las enfermeras de todo el mundo”²⁶ y en São Paulo presenta de manera cabal la visión del profesional de salud cristiano delante del moribundo: “Quizás tú, alguna vez, sentirás un poco de envi-

²⁵ Cfr. Herranz, Gonzalo. “Sin miedo a la vida y sin miedo a la muerte”, en *En memoria de Monseñor Josemaría Escrivá*, Pamplona, EUNSA, 1976.

²⁶ *Ibidem*.

dia ante esos moribundos; y otras veces un poco de pena, porque les falta conformidad cristiana. Reza por ellos. Sé buen médico, como eres; buen cristiano, como eres; y harás una gran labor.”²⁷

Los ancianos y la participación en la vida de la Iglesia

La historia de la Salvación se encuentra llena de la participación de los ancianos: “El Evangelio de Lucas comienza presentando una pareja de esposos de avanzada edad (1, 7), Isabel y Zacarías, los padres de Juan Bautista. A ellos se dirige la misericordia del Señor (cf. Lc. 1, 5-25. 39-79); a Zacarías, ya anciano, se le anuncia el nacimiento de un hijo. Lo subraya él mismo: ‘yo soy viejo y mi mujer avanzada en edad’ (Lc. 1, 18). Durante la visita de María, su anciana prima Isabel, llena del Espíritu Santo, exclama: ‘Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno’ (Lc. 1, 42). Al nacer Juan Bautista, Zacarías proclama el himno del Benedictus. He aquí una admirable pareja de ancianos, animada por un profundo espíritu de oración. En el templo de Jerusalén, María y José, que habían llevado a Jesús para ofrecerlo al Señor o, mejor dicho, para rescatarlo como primogénito según la Ley, se encuentran con el anciano Simeón, que durante tanto tiempo había esperado la venida del Mesías. Tomando al niño en sus brazos, Simeón bendijo a Dios y entonó el *Nunc dimittis*: ‘Ahora, Señor, puedes, según Tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz...’ (Lc. 2, 29). Junto a él encontramos a Ana, una viuda de ochenta y cuatro años que frecuentaba asiduamente el Templo y que tuvo en aquella ocasión el gozo de ver a Jesús. Observa el Evangelista que se puso a alabar a Dios ‘y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén’ (Lc. 2, 38).

“Anciano es Nicodemo, notable miembro del Sanedrín, que visita a Jesús por la noche para que no lo vean. El divino Maestro le revelará que el Hijo de Dios es Él, venido para salvar al mundo (cf. Jn. 3, 1-21). Volvemos a encontrar a Nicodemo en el momento de la sepultura de Cristo, cuando, llevando una mezcla de mirra y áloe, supera el miedo y

²⁷ *Ibidem*.

se manifiesta como discípulo del Crucificado (cf. Jn. 19, 38-40). ¡Qué testimonios tan confortadores! Nos recuerdan cómo el Señor, en cualquier edad, pide a cada uno que aporte sus propios talentos. ¡El servicio al Evangelio no es una cuestión de edad! Y, ¿qué podemos decir del anciano Pedro, llamado a dar testimonio de su fe con el martirio? Un día, Jesús le había dicho: ‘cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adónde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adónde tú no quieras’ (Jn. 21, 18). Como Sucesor de Pedro, estas palabras me afectan muy directamente y me hacen sentir profundamente la necesidad de tender las manos hacia las de Cristo, obedeciendo su mandato: ‘Sígueme’ ” (Jn. 21, 19).²⁸

Para el Beato Josemaría Escrivá la vejez no es estorbo para la frecuencia y el cariño permanente a los Sacramentos, para la dispensa de los cuales vive el sacerdote, sin descanso: “¡Tratádmelo bien, tratádmelo bien!” decía, entre lágrimas, un anciano prelado a los nuevos sacerdotes que acabara de ordenar.

“–¡Señor!: ¡Quién me diera voces y autoridad para clamar de este modo al oído y al corazón de muchos cristianos, de muchos!”²⁹

“Hace mucho tiempo, una persona, indiscretamente, me preguntó si los que seguimos la carrera sacerdotal tenemos retiro, jubilación, al llegar a viejos... Como no le contestara, insistió el importuno. –Entonces se me ocurrió la respuesta que, a mi juicio, no tiene vuelta de hoja: el sacerdocio –le dije– no es una carrera, ¡es un apostolado! –Así lo siento. Y quise ponerlo en estas notas, para que –con la ayuda del Señor– jamás se nos olvide la diferencia”.³⁰ Revitalizándose permanentemente en el Amor al servicio de Dios: “¿Morirse?... ¡Qué comodidad!, repito. – Como aquel santo obispo, anciano y enfermo, di: ‘*non recuso laborem*’: Señor, mientras te pueda ser útil, no rehúso vivir y trabajar por Ti.”³¹

Así, se puede perfectamente comprender cómo el Beato Josemaría Escrivá ha podido llegar a los 50 años de sacerdocio afirmando: “A la

²⁸ Juan Pablo II. *Op. cit.*

²⁹ Escrivá, Josemaría. *Caminho*, 531.

³⁰ Escrivá, Josemaría. *Forja*, 582.

³¹ Escrivá, Josemaría. *Forja*, 1040.

vuelta de cincuenta años, estoy como un niño que balbucea. Estoy comenzando, recomenzando, en cada jornada. Y así hasta el final de los días que me queden: siempre recomenzando.”³² Es, con certeza, lo más cercano que el ser humano puede llegar a la permanente juventud.

Conclusión

La doctrina de la Iglesia sobre el envejecimiento y las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá sobre este período de la vida configuran un verdadero cuerpo de conocimiento con respuestas cristianas a los principales problemas médicos y sociales del envejecimiento de la población mundial.

A la angustia y desesperación que a veces se encuentra entre los ancianos, fruto de una visión meramente utilitarista de la persona, el Beato Josemaría contrapone la consideración gozosa de las limitaciones del sufrimiento y de la muerte, buscando en la presencia continua de Dios y en la fidelidad a la vocación un instrumento de desarrollo personal y de apoyo al prójimo, en un apostolado que, no prescindiendo del sacrificio personal, transforma el mal en bien, en una fórmula verdaderamente rejuvenecedora de la persona humana.

A los problemas sociales que acompañan esa edad presenta la doctrina sobre la convivencia familiar intergeneracional armónica y, cuando es necesario, el recurso a instituciones en que se puedan vivir, en todas las edades, los valores verdaderamente cristianos.

A los profesionales de la salud presenta un ideal cristiano que les permite actuar de manera personal y humanamente adecuada en la minimización de las miserias ajenas, con desarrollo personal y cristiano.

Presenta, por fin, la importancia de que todas las edades trabajen en la viña del Señor, sirviendo a la Iglesia como la Iglesia desea ser servida.

³² RHF 20164, pp. 809 y 367, *apud* Vázquez de Prada, Andrés. *Op. cit.*